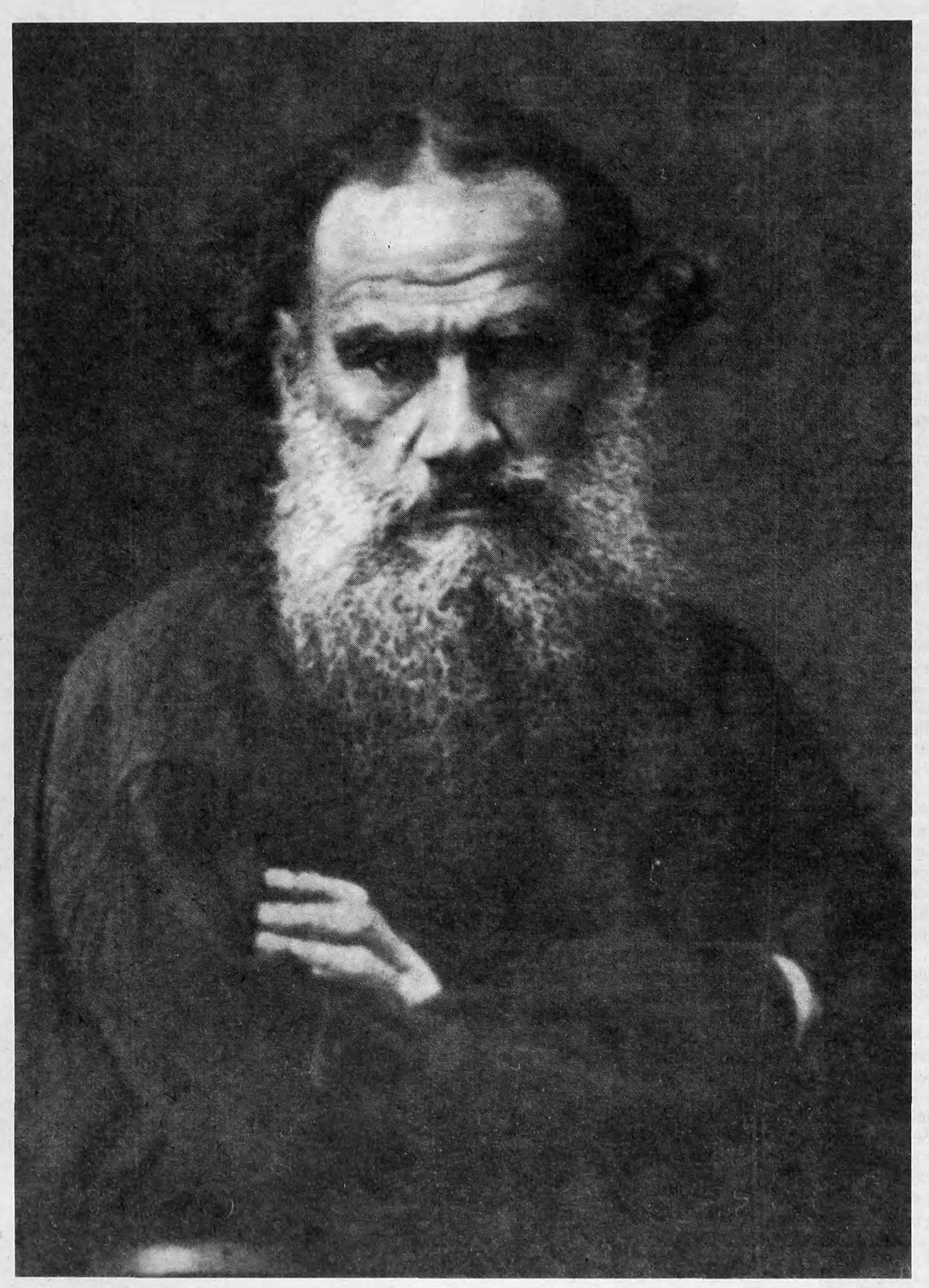
León Tolstoi



"Las familias felices son todas iguales, las familias infelices, por el contrario, son infelices cada una a su modo." Así empieza *Anna Karenina* (1875), con una frase sólo superada por Ford Maddox Ford en *El buen soldado,* novela evidentemente tributaria de la del ruso. El otro gran libro de Tolstoi, *La guerra y la paz* (1865), no empieza con una frase tan fuerte, pero en cambio termina, allá por la página 1455 de una apretada edición de bolsillo, con un párrafo abrumador: "En el primer caso *(el de la astronomía precopernicana)* era necesario renunciar a la conciencia de una inmovilidad irreal en el espacio y reconocer un movimiento que no sentíamos, en éste (el de la historia) es necesario renunciar a una libertad que no existe, y reconocer que dependemos de cosas que ignoramos".

Tolstoi negaba que *La guerra y la paz* fuese una novela, mientras que al ponerse a escribir *Anna Karenina* anunció que era "la primera vez que intentaba" un libro de ese género. A menos que tenga algo contra las obras inclasificables o desdeñe las novelas, el lector inteligente disfrutará sin culpa de ambos monumentos literarios. Cada uno de ellos es una manifestación de aspectos distintos del contradictorio genio del conde.

León Tolstoi nació en Yasnaya Polyana, la finca de su familia al sur de Moscú, en 1828. Desde joven, influido por las ideas de Rousseau, se preocupó por la suerte de los siervos, y poco a poco fue elaborando una filosofía pacifista y no violenta donde se mezclaban sus instintos conservadores y la tesis proudhoniana de que la propiedad es un robo, la defensa de los derechos de la mujer y el rechazo del sexo, la denuncia de la influencia europea y los lamentos por el atraso de Rusia. Esta mezcla, que luego pesó –era esperable– sobre Mahatma Gandhi, no fue buena para su literatura. En 1910, a los 82 años, abandonó su casa después de pelearse con su mujer, que no quería que se desprendieran de las posesiones materiales. Lo encontraron muerto en una lejana estación de tren, algo que se puede glosar apelando a la primera frase de *El buen soldado*: "Esta es la historia más triste que conozco".

Mañana: "El mapa del amor", por Dylan Thomas.

maman

Nuestra madre estaba sentada en la sala, sirviendo el té. En una mano tenía la tetera y apoyaba la otra en el grifo del *samovar*, cuyo chorro desbordaba de la tetera sobre la bandeja. Pero ella no se daba cuenta, aunque miraba aquellos objetos con suma atención, igual que tampoco notó nuestra entrada.

Son tantos los recuerdos del pasado que surgen cuando se trata de resucitar en la imaginación los rasgos de un ser querido, que a través de esos recuerdos se los ve borrosos, como si los nublase un velo de lágrimas: son las lágrimas de la imaginación. Cuando yo trato de recordar a mi madre tal y como era entonces, sólo se me aparecen sus ojos pardos, en los que brillaban siempre la misma bondad y el mismo amor, el lunar de la nuca, un poco más abajo de los ricitos, el cuello blanco del vestido y una mano suave y delgada que tantas veces me acariciaba y que tantas veces besaba yo. Pero la expresión general se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano de cola inglés. Delante del piano mi hermanita Liuba con sus deditos sonrosados, recién lavados en agua fría, tocaba en él, con evidente esfuerzo, unos estudios de Clementi. Tenía once años, era morena, llevaba un vestidillo corto de hilo, pantaloncitos blancos ribeteados de puntilla y sólo podía tocar las octavas en *arpeggio*. A su lado, de perfil, estaba sentada María Ivánovna con una capota de cintas rosa, pelerina azul y el rostro rojo y enfurruñado que, nada más entrar Karl Ivánich, acentuó su severidad. Le lanzó una mirada terrible y, sin contestar a su saludo, siguió contando, mientras marcaba el compás con un pie: *un, deux, trois, un, deux, trois** más sonora e imperiosamente que antes.

Según su costumbre, y sin haber reparado para nada en esa actitud, Karl Ivánich fue derecho hacia mi madre para besarle la mano. Mi madre se rehízo, sacudió la cabeza como si así deseara alejar sus tristes pensamientos, presentó la mano a Karl Ivánich y al tiempo que él le besaba la mano, ella le besó en la sien arrugada.

–*Ich danke, lieber*** Karl Ivánich –y, siempre en alemán, preguntó–: ¿Han dormido bien los niños?

Karl Ivánich era sordo de un oído y ahora, con el ruido del piano, no oía absolutamente nada. Inclinóse más hacia el diván, apoyó una mano sobre la mesa y sosteniéndose en un solo pie, con una sonrisa que entonces me pareció el colmo del refinamiento, levantó un poco el bonete con que se tocaba y preguntó:

–¿Permite usted, Natalia Nikoláievna? Para que no se le resfriara la cabeza desguarnecida, Karl Ivánich no se quitaba nunca el bonete rojo, pero siempre que entraba en la sala pedía permiso para ello.

–Déjeselo, Karl Ivánich... Le pregunto si han dormido bien los niños –pronunció *maman* aproximándose a él y en voz bastante alta.

Tampoco esta vez la oyó Karl Ivánich: cubrióse la calva con el bonete rojo y sonrió todavía más amable.

–Espere usted un segundo, Mimí –dijo *maman* a María Ivánovna con una sonrisa–, no se oye nada.

Cuando mi madre sonreía, su rostro, de por sí tan hermoso hacíase incomparablemente más bello y todo a su alrededor parecía alegrarse. Si en los momentos difíciles de mi vida hubiera podido yo ver por un instante esa sonrisa, no habría sabido lo que es el dolor. Me parece que sólo en esa sonrisa está encerrado lo que se llama belleza del rostro: si la sonrisa le añade encanto, el rostro es precioso; si no lo transfigura, el rostro es corriente; si lo estropea, el rostro es feo.



Silueta de María Nikoláievna Tolstaya –madre del escritor– realizada a finales del siglo XVIII.

Al darme los buenos días, *maman* tomó mi cabeza con ambas manos, la echó hacia atrás y luego dijo observándome atentamente:

–¿Has llorado hoy?

No contesté. Mi madre me besó en los ojos y preguntó en alemán:

–¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba con nosotros en tono amistoso, siempre lo hacía en alemán, lengua que dominaba a la perfección.

–Ha sido en sueños, *maman* –contesté, recordando en todos sus detalles el sueño que yo mismo había inventado, y sin poder evitar un estremecimiento.

Karl Ivánich confirmó mis palabras, pero no dijo cuál había sido el sueño. Después de hablar del tiempo –tema en el que también intervino Mimí–, *maman* puso en una bandeja seis terrones de azúcar para algunos criados distinguidos, se levantó y acercóse al bastidor de bordar que estaba junto a la ventana.

–Bueno. Ahora, niños, id a saludar a papá, y decidle que no deje de pasar a verme antes de marcharse a la era.

La música, el *un, deux, trois* y las miradas anonadadoras empezaron de nuevo, y nosotros fuimos a ver a papá. Atravesamos una habitación que todavía guardaba el nombre de *cuarto de los criados* desde la época del abuelo, y entramos en el despacho.



MIS PAD

Por León Tolstoi

MIS PADRES

Por León Tolstoi

maman

Nuestra madre estaba sentada en la sala, sirviendo el té. En una mano tenía la tetera y apoyaba la otra en el grifo del *samovar*, cuyo chorro desbordaba de la tetera sobre la bandeja. Pero ella no se daba cuenta, aunque miraba aquellos objetos con suma atención, igual que tampoco notó nuestra entrada.

Son tantos los recuerdos del pasado que surgen cuando se trata de resucitar en la imaginación los rasgos de un ser querido, que a través de esos recuerdos se los ve borrosos, como si los nublase un velo de lágrimas: son las lágrimas de la imaginación. Cuando yo trato de recordar a mi madre tal y como era entonces, sólo se me aparecen sus ojos pardos, en los que brillaban siempre la misma bondad y el mismo amor, el lunar de la nuca, un poco más abajo de los ricitos, el cuello blanco del vestido y una mano suave y delgada que tantas veces me acariciaba y que tantas veces besaba yo. Pero la expresión general se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano de cola inglés. Delante del piano mi hermanita Liuba con sus deditos sonrosados, recién lavados en agua fría, tocaba en él, con evidente esfuerzo, unos estudios de Clementi. Tenía once años, era morena, llevaba un vestidillo corto de hilo, pantaloncitos blancos ribeteados de puntilla y sólo podía tocar las octavas en *arpeggio*. A su lado, de perfil, estaba sentada María Ivánovna con una capota de cintas rosa, pelerina azul y el rostro rojo y enfurruñado que, nada más entrar Karl Ivánich, acentuó su severidad. Le lanzó una mirada terrible y, sin contestar a su saludo, siguió contando, mientras marcaba el compás con un pie: *un, deux, trois, un, deux, trois** más sonora e imperiosamente que antes.

Según su costumbre, y sin haber reparado para nada en esa actitud, Karl Ivánich fue derecho hacia mi madre para besarle la mano. Mi madre se rehízo, sacudió la cabeza como si así deseara alejar sus tristes pensamientos, presentó la mano a Karl Ivánich y al tiempo que él le besaba la mano, ella le besó en la sien arrugada.

–*Ich danke, lieber*** Karl Ivánich –y, siempre en alemán, preguntó–: ¿Han dormido bien los niños?

Karl Ivánich era sordo de un oído y ahora, con el ruido del piano, no oía absolutamente nada. Inclinóse más hacia el diván, apoyó una mano sobre la mesa y sosteniéndose en un solo pie, con una sonrisa que entonces me pareció el colmo del refinamiento, levantó un poco el bonete con que se tocaba y preguntó:

–¿Permite usted, Natalia Nikoláievna? Para que no se le resfriara la cabeza desguarnecida, Karl Ivánich no se quitaba nunca el bonete rojo, pero siempre que entraba en la sala pedía permiso para ello.

–Déjeselo, Karl Ivánich... Le pregunto si han dormido bien los niños –pronunció *maman* aproximándose a él y en voz bastante alta.

Tampoco esta vez la oyó Karl Ivánich: cubrióse la calva con el bonete rojo y sonrió todavía más amable.

–Espere usted un segundo, Mimí –dijo *maman* a María Ivánovna con una sonrisa–, no se oye nada.

Cuando mi madre sonreía, su rostro, de por sí tan hermoso hacíase incomparablemente más bello y todo a su alrededor parecía alegrarse. Si en los momentos difíciles de mi vida hubiera podido yo ver por un instante esa sonrisa, no habría sabido lo que es el dolor. Me parece que sólo en esa sonrisa está encerrado lo que se llama belleza del rostro: si la sonrisa le añade encanto, el rostro es precioso; si no lo transfigura, el rostro es corriente; si lo estropea, el rostro es feo.



Silueta de María Nikoláievna Tolstaya –madre del escritor– realizada a finales del siglo XVIII.

Al darme los buenos días, *maman* tomó mi cabeza con ambas manos, la echó hacia atrás y luego dijo observándome atentamente:

–¿Has llorado hoy?

No contesté. Mi madre me besó en los ojos y preguntó en alemán:

–¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba con nosotros en tono amistoso, siempre lo hacía en alemán, lengua que dominaba a la perfección.

–Ha sido en sueños, *maman* –contesté, recordando en todos sus detalles el sueño que yo mismo había inventado, y sin poder evitar un estremecimiento.

Karl Ivánich confirmó mis palabras, pero no dijo cuál había sido el sueño. Después de hablar del tiempo –tema en el que también intervino Mimí–, *maman* puso en una bandeja seis terrones de azúcar para algunos criados distinguidos, se levantó y acercóse al bastidor de bordar que estaba junto a la ventana.

–Bueno. Ahora, niños, id a saludar a papá, y decidle que no deje de pasar a verme antes de marcharse a la era.

La música, el *un, deux, trois* y las miradas anonadadoras empezaron de nuevo, y nosotros fuimos a ver a papá. Atravesamos una habitación que todavía guardaba el nombre de *cuarto de los criados* desde la época del abuelo, y entramos en el despacho.



El joven León Tolstoi. Daguerrotipo del año 1851.

papá

Estaba junto a su mesa de escribir y, señalando unos sobres, unos papeles y unos montones de dinero, explicaba algo, acalorado y nervioso, al intendente Yákov Mijáilov que, en su sitio habitual, entre la puerta y el barómetro, escuchaba con las manos a la espalda, moviendo los dedos muy de prisa a derecha e izquierda.

Cuanto más se acaloraba papá, más velocidad adquirían los dedos y, al revés, si papá hacía una pausa, también los dedos se detenían. Ahora bien, cuando Yákov empezaba a hablar, los dedos llegaban a su máxima agitación y saltaban desesperadamente en distintas direcciones. Creo que por la manera de moverse de aquellos dedos habría sido posible adivinar los pensamientos más recónditos de Yákov. Su rostro, en cambio, permanecía siempre imperturbable. Se le notaba persuadido de su dignidad y, al mismo tiempo, de su subordinación. O sea, algo que podría traducirse así: yo tengo razón, pero, en fin, ¡allá usted!

Al vernos, papá no hizo más que decir:

–Esperad un poco.

Y, con un movimiento de cabeza, señaló la puerta para que alguno de nosotros la cerrase.

–¡Dios misericordioso! Pero, ¿qué te ocurre hoy, Yákov? –siguió diciendo al intendente, mientras sacudía un hombro (era una costumbre que tenía)–. Este sobre, con 800 rublos...

Yákov acercó el ábaco, marcó en él 800 y clavó la mirada en un punto fijo, en actitud de espera.

–... es para los gastos de la casa durante mi ausencia. ¿Comprendes? Del molino, debes recibir 1000 rublos... ¿no es así? De las hipotecas también tienes que cobrar 8000; del heno, puesto que, según tus cálculos, se pueden vender 7000 *puds*, cobrarás –pongo a 45 kopeks el *pud*– 3000; por consiguiente, ¿cuánto dinero tendrás en total? 12.000 rublos... ¿No es así?

–Justamente –confirmó Yákov.

Pero, por la velocidad a que se movían los dedos, me di cuenta de que algo quería objetar. Papá no le dio tiempo:

–Bueno, pues de ese dinero mandas 10.000 al Consejo por Petróvskoie. Ahora, el dinero que hay en la oficina –continuó papá (Yákov quitó los 12.000 que tenía marcados en el ábaco y marcó 21.000)– me lo traes a mí y lo apuntas en los gastos con fecha de hoy. (Yákov revolvió las cuentas del ábaco y lo puso boca abajo, queriendo sin duda demostrar así que de la misma manera desaparecerían los 21.000 rublos). En cuanto a este sobre con dinero, lo entregas de mi parte a su destinatario.



Retrato de Nikolái Ilich Tolstoi –padre del escritor– realizado por A. Molinari en 1815.

Yo estaba muy cerca de la mesa y lancé una mirada al sobre. En él se leía "Karl Ivánovich Mauer".

Al advertir, sin duda, que yo había leído lo que no tenía por qué saber, papá me puso una mano sobre el hombro y, con una ligera presión, *me indicó que me alejase de la mesa*. Yo no comprendí si aquello era una caricia o una reprimenda y, por si acaso, besé la mano grande y nerviosa, posada sobre mi hombro.

–Muy bien –pronunció Yákov–. ¿Y qué ordena usted para el dinero de Jabárovka?

Jabárovka era una aldea de *maman*.

–Dejarlo en la oficina y no gastarlo de ninguna manera sin una orden mía.

Yákov quedóse unos segundos en silencio. Luego sus dedos empezaron a moverse con mayor rapidez y, abandonando la expresión de sumisa simpleza con que había escuchado las órdenes de su señor para recobrar la de astucia que le era propia, acercó el ábaco y empezó a decir:

–Permítame usted manifestarle, Piotr Alexándrovich, que, aunque usted no quiera, difícilmente podremos entregar el dinero a tiempo en el Consejo. Usted ha tenido a bien decirme –prosiguió recalcando cada palabra– que el dinero debe salir de las hipotecas, del molino y del heno... (según iba enumerando estos capítulos, los marcaba en el ábaco). Pero yo me temo que nos equivocamos en los cálculos –añadió después de un breve silencio, mirando a papá con un gesto de inteligencia.

–¿Por qué?

–Allá verá usted: empecemos por el molino. El molinero ha venido ya dos veces a pedir una prórroga jurando por Dios santo que no tiene dinero... Además, ahora mismo está aquí. ¿No quiere usted hablar con él?

–¿Y qué dice? –preguntó papá dando a entender, con un gesto, que no quería hablar con el molinero.

–¿Qué va a decir? Pues que casi no ha habido molienda y que el poco dinero que tenía lo ha gastado todo en la presa. Aun en el supuesto de que le quitemos, ¿salimos ganando algo con ello? Ha hablado usted de las hipotecas, pero me parece haber tenido ya ocasión de informarle de que nuestro dinero se ha atascado allí y tardaremos bastante en cobrarlo. Hace unos días he enviado a Iván Afanásievich, a la ciudad, un carro de harina y una nota hablándole del asunto. Bueno, pues vuelve a contestar que él lo haría con mil amores para Piotr Alexándrovich, pero que el asunto no está en sus manos y, según todo evidencia, difícilmente pasará el recibo ni aun dentro de dos meses. En cuanto al heno, ha tenido usted a bien decir que podría venderse en 3000...

Marcó 3000 en el ábaco y estuvo un minuto callado, mirando tan pronto al ábaco como a papá con una expresión que podría traducirse así:

"Usted mismo ve lo poco que es esto. Además, también perderemos algo en el heno si lo vendemos ahora, como usted sabe perfectamente..."

Se veía que aún guardaba muchas objeciones. Sin duda por ello le interrumpió papá.

–No tengo la intención de modificar nada de lo dicho –afirmó–; pero si, efectivamente, hay alguna dificultad para cobrar ese dinero, ¿qué se le va a hacer? Tomas lo que haga falta del dinero de Jabárovka.

–Muy bien.

Por la expresión del rostro y de los dedos de Yákov se advertía que la última orden le dejaba muy satisfecho.

Yákov era un siervo, un hombre extraordinariamente celoso y fiel. Como todos los buenos intendentes, era avaro hasta el colmo en todo lo que se refería a su señor y tenía las más extrañas concepciones en cuanto a los intereses de los señores. Su permanente obsesión era multiplicar la propiedad de su señor a costa de la propiedad de la señora, esforzándose *por demostrar que era preciso gastar todo lo* que producía para cubrir los gastos de Petróvskoie (aldea en la que vivíamos). En aquel momento, resplandecía triunfante por haber logrado plenamente su propósito.

Después de saludarnos, papá nos dijo que llevábamos ya bastante tiempo holgazaneando en la aldea, que habíamos dejado de ser unos niños pequeños y que era hora de que estudiásemos seriamente.

–*Seguramente sabréis ya que esta noche* salgo para Moscú y os llevo conmigo –anunció–. Viviréis en casa de la abuela y *maman* se quedará aquí con las niñas. Y demasiado comprendéis que su único consuelo será recibir noticias de que estudiáis bien y de que todo el mundo está contento de vosotros.

Aunque los preparativos que llevábamos observando desde unos días atrás nos hacían esperar algo extraordinario, la noticia nos dejó boquiabiertos. Todo rojo, Volodia dio el encargo de *maman* con voz temblorosa.

"¡Esto es lo que me anunciaba mi sueño! –pensé yo–. ¡Quiera Dios que no ocurra nada peor!"

Me daba mucha, muchísima pena de mi madre y, al mismo tiempo, me alegraba la idea de que, efectivamente, éramos ya mayores.

"Si nos marchamos hoy, seguramente no daremos clase. ¡Qué bien! –me dije–. De todas maneras, me da lástima de Karl Ivánich. Es seguro que le despedirán; de lo contrario, no habrían preparado un sobre para él... Hubiera preferido estudiar toda mi vida y no salir de aquí antes que separarme de mi madre y causar este dolor al pobre Karl Ivánich. ¡Bastante desgraciado es!"

Mientras estos pensamientos desfilaban por mi imaginación, yo permanecía inmóvil, mirando fijamente los lazos negros de mis zapatos.

Luego de cruzar con Karl Ivánich algunas palabras acerca del descenso del barómetro y de ordenar a Yákov que no se diera de comer a los perros para salir por última vez de caza, después de la comida, a probar unos sabuesos jóvenes, papá nos envió a estudiar en contra de mis cálculos, aunque consolándonos con la promesa de llevarnos de caza.

Cuando subíamos al otro piso, entré un momento en la terraza. Junto a la puerta estaba tendido al sol, con los ojos entornados, Milka, el perro predilecto de mi padre.

–Milka –le dije, acariciándole y besándole en el hocico–: hoy nos marchamos. ¡Adiós! Nunca volveremos a vernos.

Conmovido por mis propias palabras, me eché a llorar.



* *Uno, dos, tres.*

** *Gracias, querido.*

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Infancia, Adolescencia, Juventud*, por León Tolstoi. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Progreso.



p a p á

Estaba junto a su mesa de escribir y, señalando unos sobres, unos papeles y unos montones de dinero, explicaba algo, acalorado y nervioso, al intendente Yákov Mijáilov que, en su sitio habitual, entre la puerta y el barómetro, escuchaba con las manos a la espalda, moviendo los dedos muy de prisa a derecha e izquierda.

Cuanto más se acaloraba papá, más velocidad adquirían los dedos y, al revés, si papá hacía una pausa, también los dedos se detenían. Ahora bien, cuando Yákov empezaba a hablar, los dedos llegaban a su máxima agitación y saltaban desesperadamente en distintas direcciones. Creo que por la manera de moverse de aquellos dedos habría sido posible adivinar los pensamientos más recónditos de Yákov. Su rostro, en cambio, permanecía siempre imperturbable. Se le notaba persuadido de su dignidad y, al mismo tiempo, de su subordinación. O sea, algo que podría traducirse así: yo tengo razón, pero, en fin, ¡allá usted!

Al vernos, papá no hizo más que decir:

–Esperad un poco.

Y, con un movimiento de cabeza, señaló la puerta para que alguno de nosotros la cerrase.

–¡Dios misericordioso! Pero, ¿qué te ocurre hoy, Yákov? –siguió diciendo al intendente, mientras sacudía un hombro (era una costumbre que tenía)–. Este sobre, con 800 rublos...

Yákov acercó el ábaco, marcó en él 800 y clavó la mirada en un punto fijo, en actitud de espera.

–... es para los gastos de la casa durante mi ausencia. ¿Comprendes? Del molino, debes recibir 1000 rublos... ¿no es así? De las hipotecas también tienes que cobrar 8000; del heno, puesto que, según tus cálculos, se pueden vender 7000 *puds*, cobrarás –pongo a 45 kopeks el *pud*– 3000; por consiguiente, ¿cuánto dinero tendrás en total? 12.000 rublos... ¿No es así?

–Justamente –confirmó Yákov.

Pero, por la velocidad a que se movían los dedos, me di cuenta de que algo quería objetar. Papá no le dio tiempo:

–Bueno, pues de ese dinero mandas 10.000 al Consejo por Petróvskoie. Ahora, el dinero que hay en la oficina –continuó papá (Yákov quitó los 12.000 que tenía marcados en el ábaco y marcó 21.000)– me lo traes a mí y lo apuntas en los gastos con fecha de hoy. (Yákov revolvió las cuentas del ábaco y lo puso boca abajo, queriendo sin duda demostrar así que de la misma manera desaparecerían los 21.000 rublos). En cuanto a este sobre con dinero, lo entregas de mi parte a su destinatario.



Retrato de Nikolái Ilich Tolstoi –padre del escritor– realizado por A. Molinari en 1815.

Yo estaba muy cerca de la mesa y lancé una mirada al sobre. En él se leía "Karl Ivánovich Mauer".

Al advertir, sin duda, que yo había leído lo que no tenía por qué saber, papá me puso una mano sobre el hombro y, con una ligera presión, me indicó que me alejase de la mesa. Yo no comprendí si aquello era una caricia o una reprimenda y, por si acaso, besé la mano grande y nerviosa, posada sobre mi hombro.

–Muy bien –pronunció Yákov–. ¿Y qué ordena usted para el dinero de Jabárovka?

Jabárovka era una aldea de *maman*.

–Dejarlo en la oficina y no gastarlo de ninguna manera sin una orden mía.

Yákov quedóse unos segundos en silencio. Luego sus dedos empezaron a moverse con mayor rapidez y, abandonando la expresión de sumisa simpleza con que había escuchado las órdenes de su señor para recobrar la de astucia que le era propia, acercó el ábaco y empezó a decir:

–Permítame usted manifestarle, Piotr Alexándrovich, que, aunque usted no quiera, difícilmente podremos entregar el dinero a tiempo en el Consejo. Usted ha tenido a bien decirme –prosiguió recalcando cada palabra– que el dinero debe salir de las hipotecas, del molino y del heno... (según iba enumerando estos capítulos, los marcaba en el ábaco). Pero yo me temo que nos equivocamos en los cálculos –añadió después de un breve silencio, mirando a papá con un gesto de inteligencia.

–¿Por qué?

–Allá verá usted: empecemos por el molino. El molinero ha venido ya dos veces a pedir una prórroga jurando por Dios santo que no tiene dinero... Además, ahora mismo está aquí. ¿No quiere usted hablar con él?

–¿Y qué dice? –preguntó papá dando a entender, con un gesto, que no quería hablar con el molinero.

–¿Qué va a decir? Pues que casi no ha habido molienda y que el poco dinero que tenía lo ha gastado todo en la presa. Aun en el supuesto de que le quitemos, ¿salimos ganando algo con ello? Ha hablado usted de las hipotecas, pero me parece haber tenido ya ocasión de informarle de que nuestro dinero se ha atascado allí y tardaremos bastante en cobrarlo. Hace unos días he enviado a Iván Afanásievich, a la ciudad, un carro de harina y una nota hablándole del asunto. Bueno, pues vuelve a contestar que él lo haría con mil amores para Piotr Alexándrovich, pero que el asunto no está en sus manos y, según todo evidencia, difícilmente pasará el recibo ni aun dentro de dos meses. En cuanto al heno, ha tenido usted a bien decir que podría venderse en 3000...

Marcó 3000 en el ábaco y estuvo un minuto callado, mirando tan pronto al ábaco como a papá con una expresión que podría traducirse así:

"Usted mismo ve lo poco que es esto. Además, también perderemos algo en el heno si lo vendemos ahora, como usted sabe perfectamente..."

Se veía que aún guardaba muchas objeciones. Sin duda por ello le interrumpió papá.

–No tengo la intención de modificar nada de lo dicho –afirmó–; pero si, efectivamente, hay alguna dificultad para cobrar ese dinero, ¿qué se le va a hacer? Tomas lo que haga falta del dinero de Jabárovka.

–Muy bien.

Por la expresión del rostro y de los dedos de Yákov se advertía que la última orden le dejaba muy satisfecho.

Yákov era un siervo, un hombre extraordinariamente celoso y fiel. Como todos los buenos intendentes, era avaro hasta el colmo en todo lo que se refería a su señor y tenía las más extrañas concepciones en cuanto a los intereses de los señores. Su permanente obsesión era multiplicar la propiedad de su señor a costa de la propiedad de la señora, esforzándose por demostrar que era preciso gastar todo lo que producía para cubrir los gastos de Petróvskoie (aldea en la que vivíamos). En aquel momento, resplandecía triunfante por haber logrado plenamente su propósito.

Después de saludarnos, papá nos dijo que llevábamos ya bastante tiempo holgazaneando en la aldea, que habíamos dejado de ser unos niños pequeños y que era hora de que estudiásemos seriamente.

–Seguramente sabréis ya que esta noche salgo para Moscú y os llevo conmigo –anunció–. Viviréis en casa de la abuela y *maman* se quedará aquí con las niñas. Y demasiado comprendéis que su único consuelo será recibir noticias de que estudiáis bien y de que todo el mundo está contento de vosotros.

Aunque los preparativos que llevábamos observando desde unos días atrás nos hacían esperar algo extraordinario, la noticia nos dejó boquiabiertos. Todo rojo, Volodia dio el encargo de *maman* con voz temblorosa.

"¡Esto es lo que me anunciaba mi sueño! –pensé yo–. ¡Quiera Dios que no ocurra nada peor!"

Me daba mucha, muchísima pena de mi madre y, al mismo tiempo, me alegraba la idea de que, efectivamente, éramos ya mayores.

"Si nos marchamos hoy, seguramente no daremos clase. ¡Qué bien! –me dije–. De todas maneras, me da lástima de Karl Ivánich. Es seguro que le despedirán; de lo contrario, no habrían preparado un sobre para él... Hubiera preferido estudiar toda mi vida y no salir de aquí antes que separarme de mi madre y causar este dolor al pobre Karl Ivánich. ¡Bastante desgraciado es!"

Mientras estos pensamientos desfilaban por mi imaginación, yo permanecía inmóvil, mirando fijamente los lazos negros de mis zapatos.

Luego de cruzar con Karl Ivánich algunas palabras acerca del descenso del barómetro y de ordenar a Yákov que no se diera de comer a los perros para salir por última vez de caza, después de la comida, a probar unos sabuesos jóvenes, papá nos envió a estudiar en contra de mis cálculos, aunque consolándonos con la promesa de llevarnos de caza.

Cuando subíamos al otro piso, entré un momento en la terraza. Junto a la puerta estaba tendido al sol, con los ojos entornados, Milka, el perro predilecto de mi padre.

–Milka –le dije, acariciándole y besándole en el hocico–: hoy nos marchamos. ¡Adiós! Nunca volveremos a vernos.

Conmovido por mis propias palabras, me eché a llorar.



* *Uno, dos, tres.*
** *Gracias, querido.*

El joven León Tolstoi. Daguerrotipo del año 1851.

RES

oticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Infancia, Adolescencia, Juventud,* por León Tolstoi. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Progreso.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
7	8	9	1	1	1
9	5	6	4	0	1
8	2	9	0	2	0
3	9	1	2	0	4

B

				B	R
				4	0
5	6	0	4	0	0
5	7	6	3	1	1
8	1	3	2	2	1
7	5	2	3	0	3

C

				B	R
				4	0
6	5	8	9	2	0
7	5	2	9	1	0
6	4	1	0	0	2
9	1	0	3	0	2

D

				B	R
				4	0
8	0	1	7	0	0
9	8	2	5	3	0
2	7	0	3	0	2
3	4	9	7	0	2

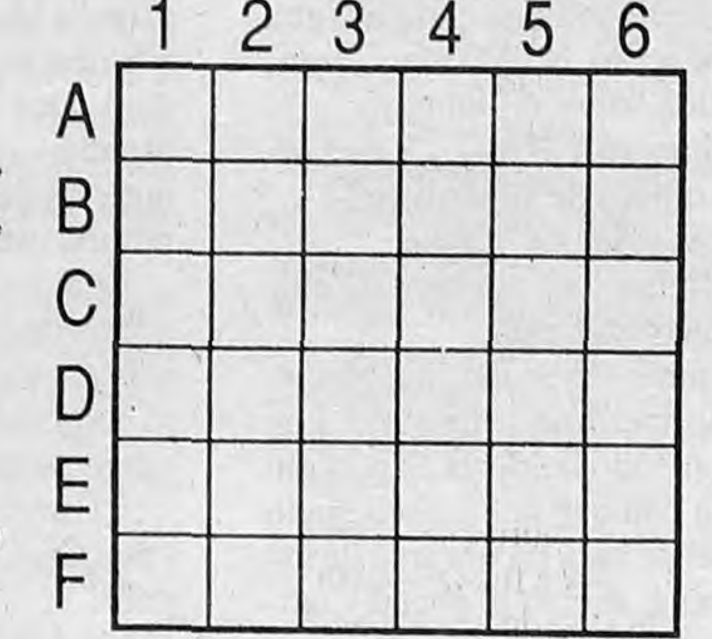


CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales y verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un solo cuadrito negro.
- Son diez palabras de seis letras, una de cuatro, una de tres y una de dos.
- Con las letras de las cuatro esquinas, se puede formar la palabra tasa.



PISTAS HORIZONTALES

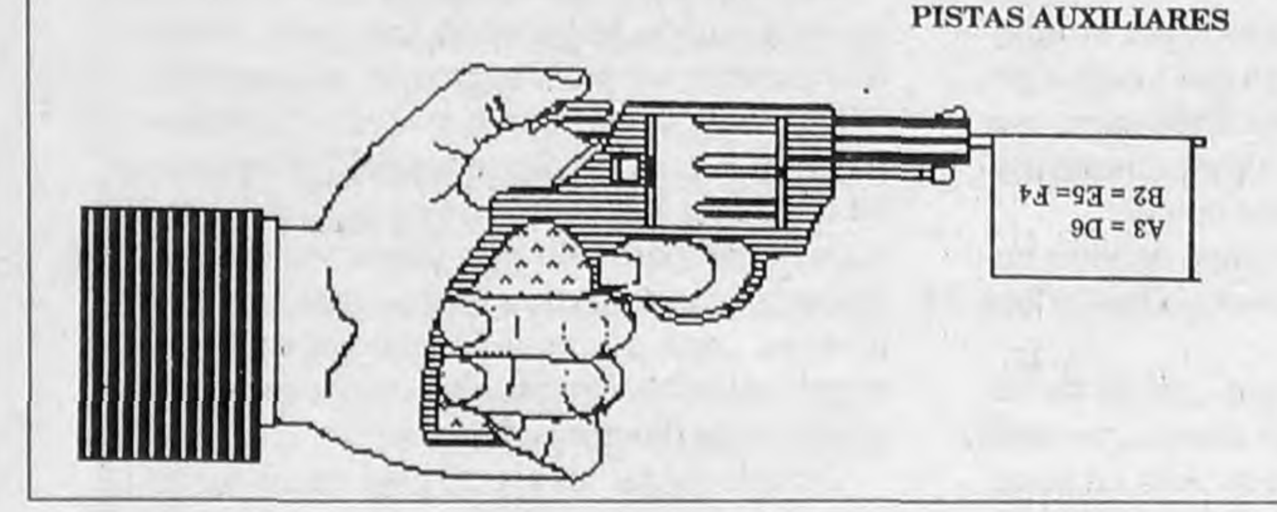
A. Palabra esdrújula y del género femenino.
B. Es un plural con la **A** como única vocal.
C. Aquí no se repiten letras y no hay **A** ni **T**.
D. Aquí hay solamente una palabra de cuatro letras.
E. Es un vocablo femenino y trashumante.
F. Un plural que es anagrama de solana.

PISTAS VERTICALES

1. Aquí están la **G**, la **L** y la **T**, aunque no en ese orden.
2. Aquí está la única **U** y además dos **I**.
3. Una palabra del género femenino, sin **R** ni **N**.
4. Es un verbo conjugado, anagrama de tierna.
5. *Aquí hay un verbo en infinitivo y una negación*, separadas por un cuadrito negro.
6. Es un verbo conjugado, que incluye las dos **S** del crucigrama.

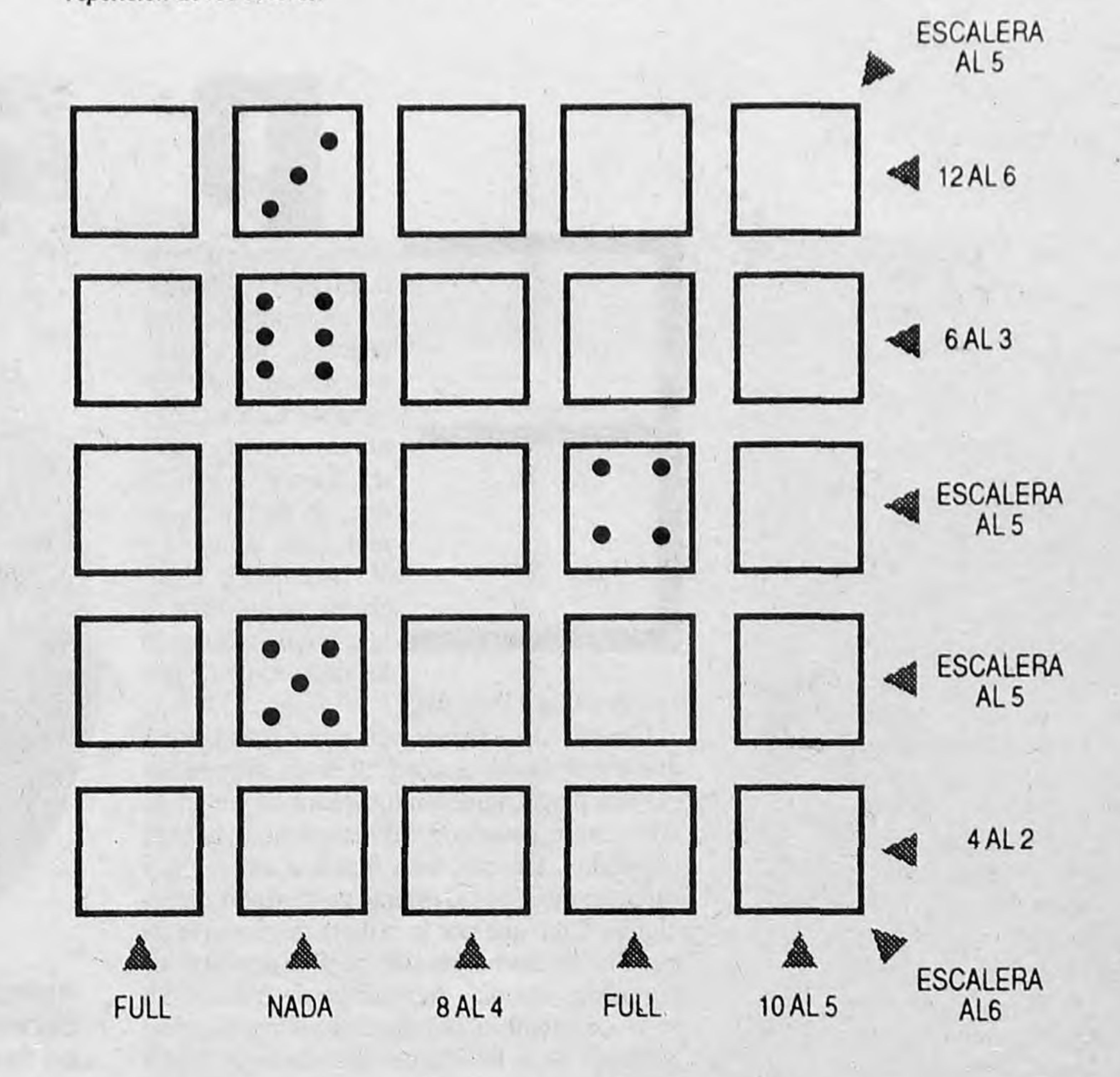
A	A	A	A	A	A	A	A	C
D	E	E	E	G	I	I	I	L
L	M	M	N	N	N	O	O	R
R	S	S	T	T	T	T	U	

PISTAS AUXILIARES



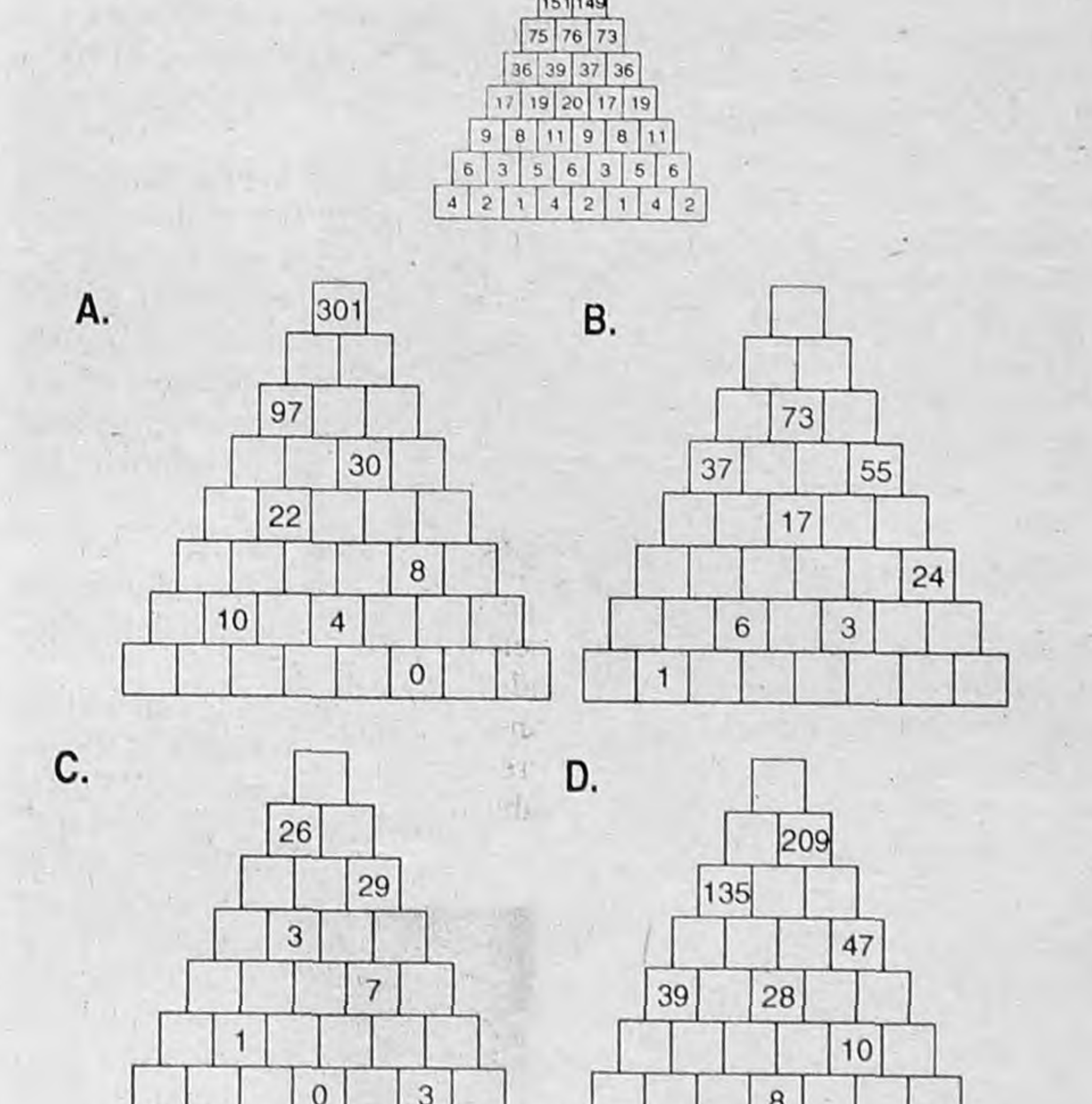
CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 8.475
B. 2.439
C. 2.064
D. 6.912

CUBILETE

5	4	1	4	5
2	5	3	1	4
6	4	5	2	1
6	4	2	6	2
6	3	4	3	3

CRUCIGRAMA

R	E	T	A	M	A
E	V	I	T	A	R
P	A	R	A	D	A
O	S	A	R	E	N
S	O	N	A	J	A
O	R	O	■	A	S

PIRAMIDES NUMERICAS

A.

501
244 257
127 117 140
70 57 60 80
39 31 26 34 46
21 18 13 13 21 25
11 10 8 5 8 13 12
7 4 6 2 3 5 8 4

B.

526
292 234
165 127 107
94 71 56 51
53 41 30 26 25
29 24 17 13 13 12
15 14 10 7 6 7 5
7 8 6 [illegible] 3 3 4 1

C.

383
166 217
71 95 122
30 41 54 68
13 17 24 30 38
7 6 11 13 17 21
5 2 4 7 6 11 10
3 2 0 4 3 3 8 2

D.

301
168 133
105 63 70
69 36 27 43
44 25 11 16 27
25 19 6 5 11 16
12 13 6 0 5 6 10
5 7 6 0 0 5 1 9